

MUNDANA

REVISTA
DE TERAPIA
FEMINISTA

Número 1



ÍNDICE

• La revista	3
• Equipa	5
• Presentación	6
• Sacar la cascara a la cebolla	8
• Narrativa heroica de las supervivientes	18
• Mi aborto, transformando la culpa en autosanación	20
• Aportes de la biodanza a la terapia feminista	28
• Sobre la Escuela Autónoma de Terapia Feminista	40
• Mujeres en el patriarcado: sobrevivimos en paradoja, vivimos en autenticidad	42
• Culpa, deseo y cuerpo	48
• La culpa, la madre y la dependencia	58
• Periódico Histórico	66
• Convocatoria	85

SACAR LA CÁSCARA DE LA CEBOLLA

Ma. Belén Tapia de la Fuente

Resumen

- Mientras escribo voy bordando en la tela teñida con tintes naturales, como quien transita libremente por la frontera, mezclando prácticas narrativas que se interpelan y colaboran, memorizando con lenguajes diversos y polifonos las memorias enquistadas en mi cuerpo. Ir sacando la cáscara a la cebolla para teñir con ella, para descubrir los secretos, para hacer escabeche y para llorar, para que el agüita corra. Reconocerse mestiza en búsqueda de vivir una identidad ch'ixi, es romper con los dualismos y vivirse naturaleza, fluida, cambiante y disponible ante cada nueva estación. Habito en el sur global, entre el pliegue y despliegue de una cordillera atávica y el Pacífico, mar torrentoso y ajetreado.
- En este ensayo reflexiono sobre los discursos, prácticas de afecto, relatos y cuerpos heredados por mis ancestras, mirando y costuriando el mío propio, para descocer las marcas del blanqueamiento colonial y dejar fluir brotes nuevos. Mirar las construcciones del género que por las que transito para recuperar las historias silenciadas.

Primera capa

“Que tu cuerpo sea siempre un amado espacio de revelaciones”

Alejandra Pizarnik

.....

A través del movimiento sutil entre el bordado y las epistemologías feministas, pretendo sumergirme en las aguas cálidas del análisis de mi cuerpo, comprendiéndolo como mestizo, racializado, colonizado, en proceso de descolonización; con la única claridad de que no hay vuelta atrás; lo que se vomita, no se vuelve a tragar. Todo lo que surja como novedoso será brote nuevo en la travesía del desentramamiento de la mentira del blanqueamiento patriarcal heterosexual. El deseo de entrar en las profundidades de mi cuerpo se origina en la certeza de que en él se inscriben y articulan las experiencias, es contenedor de memorias y participante activo en la construcción de significados, es el único territorio político con historia y conocimientos, tanto ancestrales como propios en el que realmente puedo habitar (Gómez, 2012), y como diría Margarita Pisano (1995), es el único instrumento con el que puedo tocar la vida.

Haré un ejercicio de memoria textil, recuperando el oficio heredado como productor de conocimiento. Miraré las memorias de mis abuelas, los modos en las que ellas me transmitieron sus interpretaciones del pasado, trataré de imaginar lo que omitieron y los énfasis que le dieron a los personajes de sus historias, para interpretar los efectos que sus imaginarios tienen en mí, en mi cuerpo y en mis prácticas, en mis construcciones de sentido, en mis discursos y descubrir los efectos que dejan en la construcción simbólica de realidades que me habitan. Utilizaré el autorretrato textil, voy a costurir sin patrón una proyección de mi cuerpo; pretendo descocerlo, zurcirlo y anudarlo en cada puntada, buscando a-bordarme, dejar registro de mi silueta, de los órganos que se me hacen más presente e identificar las marcas mestizas que encuen-

tro en mi piel y en mi historia.

Bordar es una práctica atávica que transforma el cuerpo y la relación que se establece con él, conecta a la bordadora con la propiocepción, regulando la dirección de las manos, los brazos, el ritmo, la respiración; con respecto a la tensión de cada puntada y contacto sensorial con la materia. Los bordados poseen cualidades propias según la persona que los borde, por lo que serán reflejo de la manera de ver y habitar el mundo que posee esa bordadora; van dejando registro de cómo conciben las imágenes, los colores, de cómo ocupan los espacios.

Mirar el cuerpo pretende ser un gesto de toma de conciencia feminista, en palabras de hooks (2017); de nueva mestiza en palabras de Anzaldúa (1987), buscando develar las marcas que me habitan, que no logro enfocar y que me podrían guiar a una comprensión más liberadora de experiencias raciales, capitalistas y misóginas que cargo enquistadas en el cuerpo y que en el presente no puedo nombrar. Busco, además, mirar en mi historia y en la de mis abuelas como el sistema de dominación patriarcal se institucionaliza, cómo se perpetúa y se mantiene (hooks, 2017).

El ejercicio textil que realizaré, pretende constituirse como una práctica feminista, con énfasis en una intersubjetividad historizada, encarnada, situada, entablando una crítica de la opresión de género dicotómica, jerárquica, racializada, colonial y capitalista (Lugones, 2008). Entenderé la colonialidad en Abyayala, como las diversas formas de jerarquías, dispositivos de dominación y un conjunto de poderes invisibles y naturalizados, que no vemos pero sí sentimos, que se manifiestan en las subjetividades, las experiencias y los cuerpos creados por y para la experiencia colonial (Garzón, 2007) y pondré énfasis en los discursos modernos, blanqueados e higienizados sobre mis ancestros y ancestras de los que fui testigo a lo largo de mi vida, y de cómo estos deambulaban en conjunto con prácticas de afecto, oficios, huellas corporales y rasgos que ocultaban un pasado de color, indígena,

africano, con una espiritualidad politeísta y ritos paganos, más cercanos a una naturaleza exuberante que a la virginidad deserotizada.

Picar cebolla

“El espíritu del fuego la espolea a que luche por su propia piel y por un trozo de tierra sobre el que pararse, una tierra desde la que ver el mundo –una perspectiva, un terreno propio donde poder sondear las ricas raíces ancestrales hasta llegar a su propio corazón abundante de mestiza–”.

Gloria Anzaldúa (p.65, 1985)

Entre los retazos de tela que me quedan en la casa solo encuentro blanca, para bordar mi cuerpo necesito que tenga el color de mi piel, ¿de qué color es mi piel? Es una piel de color. Mezclo cáscara de cebolla y cúrcuma, agrego sal para fijar los pigmentos, luego de hervir las plantas, sumerjo la tela, la remojo toda la noche, como un ritual el agüita va impregnando los tintes naturales en la fibra. Si Audre Lorde diría: soy negra porque vengo de la entraña de la tierra, yo podría decir: soy mestiza, del color de la cáscara de cebolla.

Las mujeres de mi familia han sido importantes en mi crianza. Con Ana María, mi madre, tengo una relación profunda y cariñosa, la hemos ido trabajando con cariño porque no siempre ha sido fluida, soy su primera hija. De grandes hemos buscado maneras de horizontalizar nuestra relación y cuidarnos mutuamente. Muchos de sus

gestos los veo en mí, incluso hay pensamientos de ella que he interiorizado a tal punto que los tendría que extirpar con cirugías microscópicas. Heredé marcas de su piel, sus rodillas, sus colores incluso algunas de sus búsquedas. Siempre respetó

que no me gustara usar vestido y compartimos la incomodidad por los maquillajes. Heredé su sexualidad ingenua y recatada y tuve que asesinar temores y prejuicios para crecer en libertad y erotismo.

Mis abuelas fueron poderosas formadoras de mi feminidad, fueron excelentes trasmisoras de las violencias patriarcales y cadenas que se instalaron sobre mi cuerpo al nacer. Aspiraban a que yo fuera una mujer independiente, trabajadora y hacendosa.

Rhoda Mac Donald Tocetton, mujer de 94 años, de madre italiana y padre escocés, profesora de inglés, viuda a los 55 años, es mi abuela paterna. Adolorida, cariñosa y buena para escribir cartas. Ella decidió mi nombre y me encomendó a Santa Rita de Casia, santa italiana de las causas imposibles para que fuera mi protectora. Es alta, macetiada, tiene la piel y los ojos claros; desde que la recuerdo se ha dejado las canas, reivindicando a una mujer recatada que guarda el luto. Fue madre de 7 hijos e hijas, los que fueron criados por empleadas (esclavas) indias: Eliana y Regina, quienes desde niños nos enseñaban los secretos de las plantas, de la cocina, del cuidado de los animales y la alquimia de adivinar el clima, todo cargado de ritos, palabras secretas y detalles que daban cuenta del contenido espiritual de sus gestos. Para mi abuela era importante transmitirnos la historia de su familia, me sé los nombres de todos sus parientes; sus viajes, profesiones y motivos de muerte, conozco el patrón

“Los bordados poseen cualidades propias según la persona que los borde, por lo que serán reflejo de la manera de ver y habitar el mundo que posee esa bordadora; van dejando registro de cómo conciben las imágenes, los colores, de cómo ocupan los espacios.”

del tartán de su clan. Todos migrantes europeos, heroicos, masculinos. Imagino sus cuerpos altos, delgados, blancos, de pechos prominentes, pelos rubios y ojos claros. Las mujeres se nombran escasamente en los relatos, pero cuando se hace alusión a ellas se las reconoce como fuertes, gritonas, de caderas anchas y de opinión dura. Cuando Rhoda supo que mi pareja tenía apellido italiano, le dijo: “supe que vienes de buena familia”. Inés Morada prefería usar el apellido de mi abuelo, así que se hacía llamar Inés de la Fuente, mi abuela materna. Vendedora de ropa, voluntaria de Cruz Roja y costurera, quedó viuda a los 73 años, madre de 4 hijas e hijos; independiente, creativa y silenciosa, no hablaba mucho; cosía, tejía y bordaba. ¿Qué habrá zurcido, remendado, reparado Inés? Siempre tuve la sensación de que disfrutaba más de los paseos y viajes con sus amigas que de los eventos familiares, de hecho, para su funeral la iglesia se llenó de viejitas parecidas a ella que hicieron escolta a su ataúd durante horas. Nunca nos contó de su infancia, ni de su padre, cuando murió nos dimos cuenta de que ni siquiera sabíamos dónde había nacido, ¿qué habrá callado? La piel de mi abuela era muy suave, tersa y brillante y del color de la cascara de cebolla, sus ojos eran achinados, su cintura era pequeña, siempre usaba el pelo enlacado y teñido castaño claro, las uñas pintadas rojas; collares, tacos y maquillaje, era una mujer moderna.

Hace unos años empecé la búsqueda de la reconstrucción de su historia, o hacer mi propia versión y un tío que vive en Canarias me envió una foto de mi tatarabuela Rosa, solo se sabe que tuvo 14 hijos de los que murieron 3 siendo niños. Cuando veo la foto de Rosa creo que mi abuela la quiso ocultar, olvidar. Pienso que la piel de Rosa era demasiado oscura para Inés; Anzaldúa diría “la mujer de piel oscura ha sido silenciada, amordazada, enjaulada, apaleada durante trecientos años, (...) ha sido colonizada por el español, por el anglo, por su pueblo” (p.64, 1987) ¿Qué habrás tenido

que callar Rosa? ¿Habrás sido campesina, costurera, te habrás dedicado a la crianza de tus hijos? ¿De qué habrás muerto? ¿Cuáles habrán sido tus placeres? ¿Cómo se habrá inyectado la colonialidad en tu cuerpo? En las trayectorias de mis abuelas, los discursos, las prácticas de afecto, la estética que observo en las performáticas de sus cuerpos, las historias que decidieron contar o callar y los énfasis que pusieron en la relación conmigo, puedo fantasear sobre los procesos subjetivos e intersubjetivos que sostienen en ellas un sistema de colonización interiorizado e intermediado por la Colonialidad del Género (Lugones, 2010), develando la opresión de género racializada, heterosexista y capitalista que forjó el control y el dominio sobre sus vidas, determinando modelos de identidad en desmedro de otros, subalternizándolas (Solís, 2020). La consecuencia semántica de la colonialidad del género, es que “mujeres colonizadas es una categoría vacía ya que ninguna hembra colonizada es mujer” (Lugones, p. 109, 2010). Descolonizar el género, por tanto, es una tarea práctica que requiere aprender sobre nuestros pueblos, que sujetos comprendan su situación de opresión sin sucumbir a ella, entablar una intersubjetividad historizada, encarnada y promover el movimiento hacia una coalición que nos impulse a conocernos para reivindicar nuestras identidades mestizas y habitar la diferencia colonial (Lugones, 2010).

Reconocerse colonizada es conocer cosas más antiguas que el género (Anzaldúa, 1987), es reconocermé india, mestiza, quiltra, champurria, mixta, mezclada, o mejor aún, descomponer los dualismos y buscar vivir una identidad ch'ixi, múltiple, ni blanca ni india, si no las dos cosas a la vez (Rivera Cusicanqui, 2018). Identificar las marcas de la colonialidad en mí y en mis ancestras es desarrollar la conciencia de la nueva mestiza (Anzaldúa, 1987), una desobediencia epistémica que, como lo haría Anzaldúa en *Borderlands/La frontera*, me permite recuperar mi historia y crear co-

nocimiento por medio de lenguajes diversos, multilingües, polimorfos, como son el textil y la escritura, que apunten hacia la libertad, hacia el libre tránsito por lugares diversos y cambiantes.

Autodenominarse mestiza puede ser conflictivo toda vez que se reconoce que las lógicas de dominación moderno occidentales han utilizado el concepto principalmente en pos de los intereses de los grupos privilegiados actuando como un dispositivo de medida de la pureza de la raza, apuntando hacia la desindigenización, la occidentalización de las comunidades indígenas y su incorporación efectiva a las lógicas modernas y capitalistas de vida y de producción (Solís, 2020). Pero, por otro lado, el mestizaje puede ser una identificación para resaltar lo indígena y lo africano, haciendo reconocimiento de las raíces ancestrales, o desde lo ch'ixi se vería como una modernidad “manchada” de tradicionalidad (Riviera Cusicanqui, 2018) haciendo presentes o existentes lo que desde otras perspectivas se elimina, se anula o se oprime. La sutileza que se requerirá en este contexto será el mantener una perspectiva crítica y situada para evitar caer en prácticas de apropiación (Solís, 2020).

En la conciencia de la nueva mestiza (Anzaldúa, 1987), mi cuerpo se constituye como un espacio político en desobediencia y en búsqueda de la liberación, un cuerpo situado y sentipensante que contiene la raza y la violencia colonial, pero también es un órgano vibrante y poderoso por medio del cual me reinvento y tránsito por mis experiencias afectivas más profundas. Cuando bordo mi propio cuerpo, reconozco los brotes que me unen con las ancestras que han dejado marcas con silencios y gritos. Reconozco en mi cuerpo canales de aguas subterráneas, las mismas aguas que inundaban a mis abuelas. De los pies me salen raíces, porque devengo en tierra, soy naturaleza cambiante, cíclica, dinámica, en constante migración. Bajo mi cuerpo hay un arcoíris en retroversión, como ocurre cuando damos vuelta el mapamundi y el norte global



imperialista queda de patas arriba. Cuando bordo mi cuerpo, reconozco las marcas de la violencia colonial en mí y en mis abuelas, el racismo, la misoginia introyectada, lo que se ha querido borrar, depilar, vomitar, amputar, pero que ha vuelto a crecer, cada vez más fuerte y frondoso.

Bordar mi cuerpo se constituye como una práctica de recuperación, habitándolo desde una postura reflexiva, comprendiéndolo como un cuerpo complejo trenzado por las emociones, la espiritualidad y las reflexiones racionales sobre mi existencia (Gómez, 2012). Cuando lo miro, reconozco en mi historia intentos para evitar el rechazo, tratando de ajustarme a los valores de la cultura. Me aliso el pelo, pero ante cualquier relación con la humedad este se vuelve travieso y retorna a sus curvas indomables, me depilo y repelo los pelos de mis piernas, axilas, cejas y brazos como un esfuerzo doloroso para evitar el pudor aprendido, miro mi cuerpo flaco y dudo de si será fuente de placer para alguien, hasta que comprendo que primero es fuente de placer infinito para mí misma. Busco los recovecos y los pliegues que debieran componerlo como cuerpo de mujer y tardan en llegar, paso una adolescencia con cuerpo de niña, dudando de la feminidad que lo debería habitar, hasta despojarme de las exigencias que no me pertenecen. ¿Cuáles son los ejercicios de acomodo que hicieron mis abuelas para ajustarse y ser vistos como cuerpos modernos, emblanquecidos, desclasados? ¿Cómo puedo desenmascarar todas aquellas memorias y traumas que cargaron mis abuelas en sus cuerpos? ¿Los puedo reconocer en mi propio cuerpo?

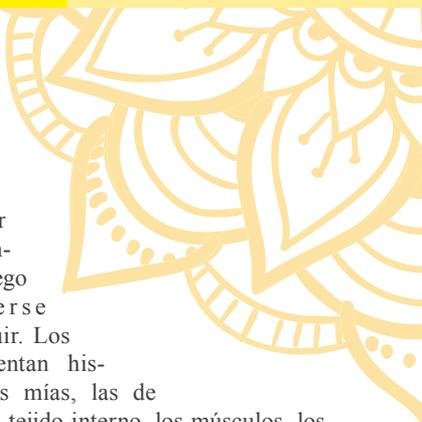
Siento que algunos de los dolores con los que cargo en el cuerpo no me pertenecen, que fue una mala herencia. Trato de zurcirlos y en cada puntada siento que las remendo también a ellas.

Cebolla en escabeche

Abordar el cuerpo a través de los hilos es

bordar dos puntos y luego devolverse para seguir. Los hilos cuentan historias, las mías, las de todas. Mi tejido interno, los músculos, los huesos, las articulaciones, las arterias, el tejido nervioso sostiene mis memorias, las de mis abuelas. Bordar es una práctica heredada por mi abuela Inés, no me la enseñó, pero yo la miré tanto que la aprendí igual, con los hilos puedo contar las historias más dolorosas y antiguas. Escribir cartas en una práctica de afecto de mi abuela Rhoda para dejar registro de sus deseos hacia las personas que quiere y de sus bendiciones religiosas para repeler la muerte. Ambas son prácticas de resistencia toda vez que dejan registro de sus puntos de vista, de sus versiones de la historia, bypassando memorias hegemónicas, pensando críticamente sobre los modos de narrar el pasado, evidenciando cómo los diferentes sistemas de dominación operan de manera conjunta y entrelazada (Troncoso, 2015). Por medio del textil miro las marcas de la colonialidad en mí, con el textil las develo y las encaro para descocerlas amorosamente. La historia de mis abuelas puede ser la historia de cualquier mujer que en los años 50 tenía 30 y tantos, puede ser el reflejo de una generación, un momento histórico, una praxis comunitaria.

Hay preguntas que nunca podré responder, solo puedo suponer o fantasear, pero con el hecho de hacerlas, de formularlas, doy cabida a que la interrogante surja en mí, y pongo a mis ancestras en el lugar de las que tienen las respuestas, el conocimiento, el saber. Es un modo de revindicar un lugar que no existió para ellas, de politizar el lugar de las mujeres como productoras de





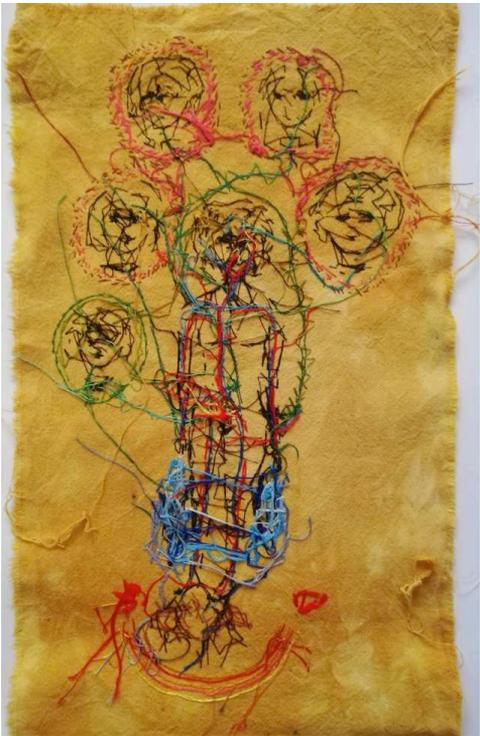
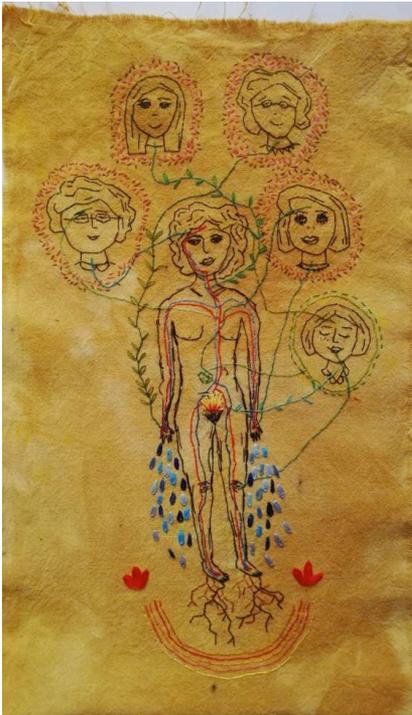
“Abordar el cuerpo a través de los hilos es bordar dos puntos y luego devolverse para seguir. Los hilos cuentan historias, las mías, las de todas. Mi tejido interno, los músculos, los huesos, las articulaciones, las arterias, el tejido nervioso sostiene mis memorias, las de mis abuelas. Bordar es una práctica heredada por mi abuela Inés, no me la enseñó, pero yo la miré tanto que la aprendí igual, con los hilos puedo contar las historias más dolorosas y antiguas. Escribir cartas en una práctica de afecto de mi abuela Rhoda para dejar registro de sus deseos hacia las personas que quiere y de sus bendiciones religiosas para repeler la muerte. Ambas son prácticas de resistencia toda vez que dejan registro de sus puntos de vista, de sus versiones de la historia, bypasseando memorias hegemónicas, pensando críticamente sobre los modos de narrar el pasado, evidenciando cómo los diferentes sistemas de dominación operan de manera conjunta y entrelazada (Troncoso, 2015).”

conocimientos, como protagonistas de las historias.

Sigo hurgando en mis memorias, imágenes, recuerdos táctiles, olores, paletas cromáticas, sabores que me permitan continuar descifrando las máscaras y adornos que utilizaron mis abuelas para tapar los rastros de salvajismo indígena, africano. Quiero descubrir los secretos, conocer sus creencias y oír sus voces, leer sus cartas y mirar sus bordados, sus interpretaciones. Busco en mis recuerdos los modos en que

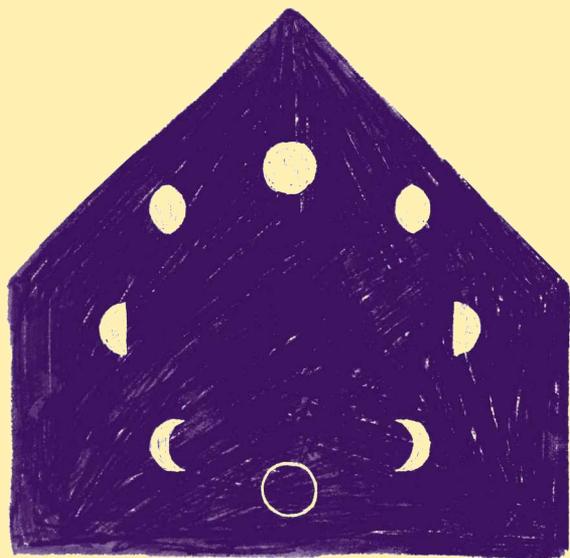
incrustaron sus memorias de niñas en mí, con esos lenguajes otros, tan sutiles e infinitos. Recupero sus memorias para continuar deconstruyéndome y desarmando la colonialidad de género presente en mí, y lograr encarnar el deseo de habitar en mi presente con el libre tránsito de la que vive en la frontera.

.....



Referencias

- Anzaldúa, Gloria (1987). *Borderlands: The New Mestiza*. La Frontera. San Francisco: Aunt Lute Books
- Gómez Grijalva Dorotea (2012). Mi cuerpo es un territorio político. En Espinoza, Gómez, Ochoa (Eds), *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*, Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Hooks, Bell (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: Editorial Traficantes de sueños
- Lugones, María (2008). Colonialidad y género: hacia un feminismo descolonial. En Walter Dignolo (Comp.), *Género y descolonialidad* (pp. 13-54). Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Pisano, M. (1995). *Deseos del cambio o... ¿El cambio de los deseos?* Santiago: Editorial Revolucionarias.
- Rivera Cusicanqui, Silvia (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón. 176 pp.
- Solís Gómez, Susana (2020), *Modelo Médico Occidental Moderno y Otras Prácticas en Salud: Un estudio de caso desde la mirada descolonial*. Tesis para acceder al grado de magister en Salud Pública Comunitaria y Desarrollo Local, Universidad de la Frontera.
- Troncoso Pérez, Lelya Elena y Piper Shafir, Isabel (2015). Género y memoria: articulaciones críticas y feministas. *Athenea Digital*, 15(1), 65-90. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1231>



MUNDANAS